

UN MISTICO PRACTICO

Gaetan Bernoville

En diciembre pasado, preludiando su año centenario, los jesuitas han celebrado dignamente en París la memoria de su ilustre fundador, Ignacio de Loyola. En la sala de la Sociedad de Geografía, los RR. PP. Rouquette, Daniélou, Dainville, de la revista *Etudes*, han dado conferencias sustanciales y brillantes, en las que han valorizado varios aspectos esenciales de su fisonomía y de su obra. En el Colegio Franklin, Daniel Rops ha dibujado un retrato sintético del hombre y de su vida, del Santo en la Historia.

Es notable que, principalmente en las conferencias de la sala de la Sociedad de Geografía, haya dominado una preocupación: la de mostrar, en Ignacio, al gran místico. Según creo, es necesario ver en este la manifestación pública de los trabajos profundos a que la preparación lejana del Centenario ha dado ocasión. Ciertamente, no es que este aspecto del alma de Ignacio no haya sido meditado, estudiando desde los orígenes, en la Compañía pero había necesidad de aclararlo, en el gran público, e incluso en esa minoría que hace de los Ejercicios el centro de su vida espiritual.

No conozco orden religiosa cuyo espíritu e historia hayan sido, tanto como los de la Compañía de Jesús, objeto de deformaciones sistemáticas debidas a la hostilidad feroz o a la simple malevolencia a la mala fe, o simplemente a la credulidad y la ignorancia. La desgracia es que estas deformaciones se han fortalecido e incrustado en el espíritu de las gentes, de generación en generación, con una fuerza de obstinación increíble. Apenas se ha logrado rectificar una de ellas, cuando vuelve a manifestarse de nuevo, y, lo que es más desconcertante, por medio de plumas que debieran saber mejor lo que es la verdad. La menos nociva —porque es la que tiene menos mala intención, y deja subsistir una parte importante de la verdad—, la menos nociva, pues, pero muy de lamentar —no por lo que dice sino por lo que calla—, es la que consiste en no ver en Ignacio más que el asceta que fué en efecto; y no el místico que se rechaza o que se olvida. Sin duda, todo el mundo sabe que el caballero Ignacio iluminado por la gracia, había abandonado Loyola para dirigirse a Tierra Santa y se detuvo en Manresa, donde

se sintió transportado por el Espíritu de Dios. Pero hasta qué profundidades —o si se prefiere, a qué alturas de los más extraordinarios vuelos místicos— llegó, no puede saberse. Sin embargo, en aquellos días se sintió inundado, como dijo, de tal conocimiento de cosas de la fe, tanto como de cosas de la ciencia, que todo lo que aprendió después hasta el fin de su existencia no pudo alcanzar tal abundancia ni una luz tan grande.

Pero no existe sólo Manresa. En varios de sus números, la revista **Christus**, editada por el Centro de Estudios, entre los años 1954 y 1955, ha publicado artículos de un gran interés sobre la mística ignaciana. El P. Hugo Rahner ha estudiado los preliminares y la sustancia de la visión que tuvo Ignacio en la capilla de la Storta. Un extracto del diario espiritual de Ignacio nos lo muestra con transportes y lágrimas, en contacto inefable con las cosas de Dios. El P. Leturia nos recuerda que en Roma se renovaron las comunicaciones divinas de Manresa y de Storta. Es decir, que Ignacio de Loyola es un asceta, pero también un gran místico, un genial hombre de acción lo mismo que un contemplativo.

Esto debería bastar para destruir la leyenda tenaz de un ascetismo cuidadosa y metódicamente estudiado por Ignacio para, por sólo su medio, adquirir el dominio de sí y la fuerza de voluntad, cuya expresión deberían ser los **Ejercicios**. Ilustres comentaristas laicos del prestigioso librito, desde Taine a Barrés, han dado crédito a esta fórmula insostenible, tanto históricamente como desde el punto de vista de la crítica interna. Los **Ejercicios** nacieron, con su sustancia y armazón esencial, en Manresa, es decir en ese período iluminativo extraordinario que determina toda la vida de Ignacio, la fundación y el desarrollo de la Compañía. Breviario de asceta, no cabe la menor duda; pero que no significa nada, que no vale nada, que es incomprendible sin el amor de Jesús. Breviario de ascetismo, sin duda, del que Polanco, uno de los compañeros e intérprete muy autorizado de Ignacio, ha podido decir: “Después de haber hecho los Ejercicios el alma posee principios para hacer la oración en los tres caminos de que parten los contemplativos”.

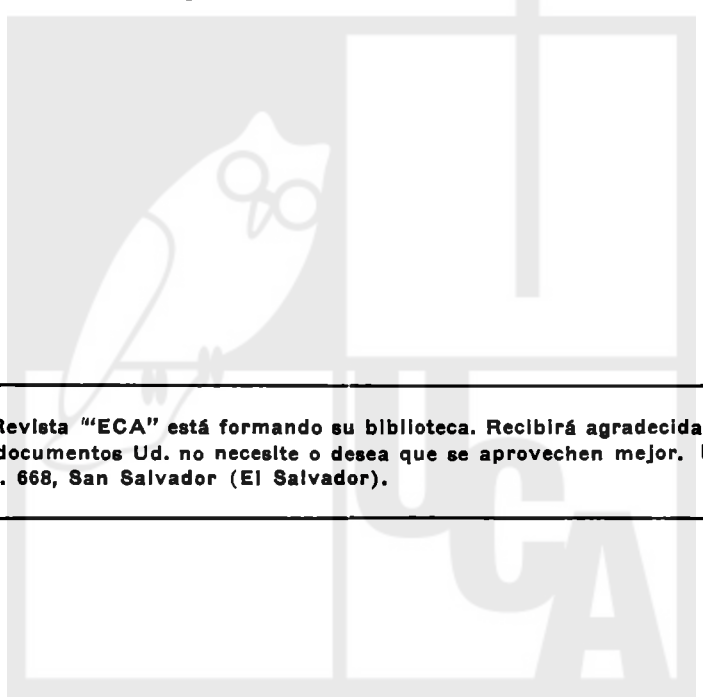
De esto se deduce que en el origen de la obra gigantesca de Ignacio está, penetrándola toda, el Santo, nutrido de una elevada oración que llega a las más grandes alturas de la contemplación, que sólo quiere la gloria de Dios, la salvación de las almas, la extensión del reino de Jesucristo. Nos encontramos también lejos de la otra leyenda, no menos obstinada, de un frío calculador, maniobrando sus batallas, apoyándose unas veces en una palanca de mando, otras veces en otra para hacer prevalecer, en una u otra región del mundo, por medio de la fuerza de los jesuitas, la potencia de Roma. Se podría hacer una biblioteca con todos los escritos, que se pretenden históricos o que tienen un tono de libelo, que se han publicado sobre este tema.

No hay en efecto, ninguna otra “política de los jesuitas” más que la que consiste en utilizar todos los medios que se ofrecen a un apostolado cristiano, digno de ese nombre, para alcanzar el objetivo que se propuso, Ignacio y que es completamente espiritual. En este punto, algunas de las páginas publicadas en la revista **Christus** por el P. Giuliani, son muy clarificadoras. Es cierto que los jesuitas se han mostrado siempre, en la utili-

zación de los medios apostólicos, con un extraordinario ingenio y una admirable audacia. Es igualmente cierto que su fundador, en sus instrucciones, ha mostrado una lógica y su rigor en el método, un sentido de lo concreto, de lo práctico, del hombre cotidiano, de la vida temporal de una Sociedad en la que no se descubre a primera vista el místico, si no se está advertido por anticipado. Aquél que sólo tenga una visión temporal de la obra de Ignacio, que ignore el alma que le da vida y le anima a través de los siglos, se equivoca por completo; aquél que sólo tenga en cuenta al Ignacio místico y que pierda de vista al Ignacio organizador", constructor, hombre de acción, sólo tendrá una visión truncada de un conjunto donde todo se armoniza. La santidad de Ignacio confluye con su genio humano de fundador.

La celebración del cuarto centenario de su muerte ha contribuido realmente muchísimo a dar una verdadera idea a un público extenso sobre la auténtica personalidad del fundador de la Compañía de Jesús.

Se ha logrado dar un nuevo impulso a los estudios sobre uno de los más poderosos movimientos que han animado jamás el mundo cristiano. El tema es, además, inagotable.



La Revista "ECA" está formando su biblioteca. Recibirá agradecida cuantos libros y documentos Ud. no necesite o desea que se aprovechen mejor. Dirigirse al Apto. 668, San Salvador (El Salvador).